BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES

BIBLIOTECA AFRICANA

www.cervantesvirtual.com

MOHAMED LAHCHIRI

Pedacitos entrañables

[fragmentos]

Edición impresa

Mohamed Lahchiri, *Pedacitos entrañables* (1994)

En

Mohamed Lahchiri, *Pedacitos entrañables* (1994), [Casablanca], pp.69-71; 73-74; 79-82.

Edición digital

Mohamed Lahchiri, *Pedacitos entrañables* (2016)

Claudine Lécrivain (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Marzo de 2016

Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D+i, del programa estatal de investigación, desarrollo e innovación orientada a los retos de la sociedad, «El español, lengua mediadora de nuevas identidades» (FFI2013-44413-R).

Pedacitos entrañables
Mohamed Lahchiri

Érase una vez

Me lo refirió la abuela. No es ningún cuento de viejas. Ocurrió en el pueblo. Una noche, se escucharon gritos de desesperación en la casa de su hermana. Era la hija del sobrino que ya no podía soportar los dolores del parto, después de haber llevado en secreto durante nueve meses el peso de la vergüenza del embarazo. Vete a saber cómo. El mazazo fue tan fuerte para el padre, que se echó en la oscuridad total del pueblo y anduvo por el monte, perdido el resto de la noche y probablemente todo el día, hasta que cayó extenuado. Lo buscaron durante días. Cuando lo encontraron ya era tarde. Había perdido la razón. Desde entonces no se mueve de casa. Con la mirada perdida. «Pobre Hemuto», repetimos todos cada vez que sale en la conversación. Yo no lo he visto desde que andaba por los diez años. Recuerdo que era bonachón y simpático. Y que me quería. Creo que nunca bajó a Ceuta. Bueno, alrededor de la moza se armó el revuelo normal en estos casos. El recién nacido murió. Creo que durante el parto. La chica señaló con el dedo que la había desflorado. El seductor negó rotundamente toda relación con la chica y con el asunto. Denuncias, gendarmes, etc, etc.

Esta es la primera parte de la historia.

Y no hace mucho, en una de las pocas veces en las que me armaba de valor y me lanzaba al agua de las quejas de la abuela-la paterna-, se me ocurrió –durante una de las pausas en las que se suele mirar a la pared o al techo en busca de una tema de conversación- preguntarle por la moza de Hemuto. Y su cara se encendió. Me dijo que ya se había casado. Fulano la sacó de su vergüenza y la honró –esto es un intento de traducir las palabras de la abuela- casándose con ella. Ahora viven aquí, en Fnideq. La pobre ya había sufrido bastante. Los remordimientos por lo de su padre, las miradas del pueblo. Durante años. Dios le abrió sus puertas y le trajo a este hombre. Ahora tienen dos hijos, y los dos varones. Ah, y está guapísima. Su marido está loco por ella. De la casa a la tienda y de la tienda a la casa. Y colorín colorado. La abuela parecía haber escurrido el bulto de bastantes años hablando de su sobrina. Habló durante largo rato: la noche de bodas, la novia más hermosa que había visto, la luz de Dios se desprendía de sus mejillas y de sus ojos…hasta que llegó el abuelo de la mezquita. La abuela se calló. El abuelo no olvida a la víctima de esta historia. A Hemuto. Con la mirada más pérdida del mundo.

Monumento vivo a la vida

El abuelo es viejo, muy viejo, viejísimo. Según su pasaporte, nació en 1890. Vive en Fnideq, a unos pasos de Ceuta, donde se encuentra desparramada su prole. Ya varios de sus bisnietos corretean por los 20 años.

Pues bien, mi padre- que ya está jubilado y tiene la cabeza más en el más allá que en el más acá, quiero decir que pasa sus días entre rezos y recitaciones coránicas- suele ir cada domingo a Fnideq a hacer la compra y a ver a los abuelos, a "cumplir con las obligaciones sagradas" de visitar sus progenitores.

Pero un domingo, mi padre no fue a verles, no recuerdo por qué, tampoco es importante. Intento recrear la escena en la casa de los "viejos": la abuela expresa lo que ocupa las dos cabezas: El niño –mi padre- ha tardado demasiado. ¿Le habrá pasado algo? No es normal que no esté aquí. Algo ha pasado. Si no está aquí es que pasa algo. Seguro. ¿Qué hora es? Y el rosario continúa y acelera a medida que pasa el tiempo y el "niño" no aparece. Hasta que uno de los dos –tan viejos que no parecen dos sino una sola persona- lanza la decisión: la yilaba y a Ceuta a ver qué pasa. El abuelo agarra la yilaba –chilaba en el diccionario español-, se le echa encima, grita por el bastón, las babuchas en la puerta y en nombre de Dios, o sea, vamos allá, seguido de la voz de su –nunca mejor dicho- otra mitad gritándole que no tarde.

Llega a la estación de taxis, hay mucha gente, tiene que esperar, no puedo esperar y se jala los varios kilómetros hasta Ceuta. En la aduana casi no le dicen nada, como siempre. Y se echa a la espalda toda la cuesta que lleva del Tarajal a El Príncipe, nuestro barrio.

Yo estoy acariciando ante la tele una siesta exquisita después de un bien tayin de pescado hecho por una maestra y de pronto: ¡Abuelo¡ y me levanto, le beso la cabeza cubierta por un turbante blanco, medioabrazándole, le cojo el bastón, observo el sudor en su frente, le invito a sentarse, le pregunto por la abuela temiendo su "¿por qué no vienes a vernos?" o su incisivo "¿ por qué no vas a verla tú mismo?", apago la tele por miedo a alguna desnudez en la pequeña pantalla..., hasta que aparece mi madre que estaba haciendo las abluciones.

Mientras mi madre le contesta que no pasa nada, gracias a Dios, que mi padre está en la mezquita, que ella no se explica por qué no ha ido a verles como es su costumbre, etc., etc…, yo estoy con la mirada fija en esas barbas blancas, esos ojos vivos, esos pocos dientes todavía agarrados a sus raíces, esa lucidez…., ese monumento a la vida que era –que es- el abuelo, mi abuelo.

Piquiño

Se llamaba –se llama- Muhammad. Creo que fueron los amiguetes españoles –nazarenos en nuestro árabe ceutí- quienes le dieron el apodo: Pequeño. Y nuestra lengua se encargó de poner las íes en lugar de las es. Éramos primos y muy amigos. Yo le quería mucho. También le admiraba. Jugaba al fútbol como nadie. Aún puedo recuperar retazos de imágenes con él saltando y haciendo diabluras en

El Monte. Imitando a nuestros sueños de entonces: los Di Stéfano, Gento, Kubala, etc. Recuerdo también que les envidiaba. Cómo deseaba ser como él.

Muchas veces –cuando cazábamos alcaudones- me desesperaba preguntándome por qué siempre, siempre cazaba más pájaros que yo, teniendo los dos las mismas trampas y los mismos dorados vivitos y coleando. Esto me hacía pasar bastantes malos ratos.

Él no estudiaba en Hadú, como yo, sino en Fnideq. Y no le había tocado el « gordo» –como a mí- de estudiar en una escuela coránica…Cuando terminamos la primaria –yo un año antes que él, año 62- a mí me mandaron a Chefchauen y a él a Uaad Laau. En Chefchauen, yo lo pasaba bastante mal. Con 12 años, tímido, en un internado, sin mi familia. Y los días horrorosos para mí, eran los días finales de las vacaciones, en los que tomaba los horrorosos autocares, para Tetuán y luego para Chefchauen. Y encima me mareaba, tanto que sentía, al vomitar –esto está grabado-, que se me arrancaban las tripas, que se me iba a salir el alma.

Una vez coincidimos Piquiño y yo en la estación de autocares de Tetuán. Con nuestra ropa, las cosas de comer preparadas por mamá, etc. El autocar de Uaad Laau salía antes que el de Chefchauen. Le recuerdo hablándome a través de la ventanilla. Diciéndome adiós. Yo me sentía cada vez más triste. Recuerdo mi deseo –con toda mi alma- de ir con él a Uaad Laau, a estudiar allí. Nunca sentí tanto horror por una ciudad, como lo sentía por Chefchauen en aquel momento, en aquella estación, con mi primo, a quien quería tanto, que se iba. Llegó el momento del nudo en la garganta, el autocar arrancó y salió. Entonces me agarró tal tristeza, tal desamparo, me sentí tan desgraciado que me dejé caer sobre la maleta –creo que era una maleta, no sé- y rompí a llorar, con el alma hecha trizas. Lloré con tantas ganas, con tanta fuerza que la gente –creo que fue una señora- se interesó por mi estado, preguntándome qué me pasaba. Él no terminó los estudios. Pasó el tiempo, los años fueron distanciándonos, etc., etc.

La última vez que ví Piquiño –el apodo lo sigue arrastrando- fue hace unos meses. Estaba en mi casa, en Ceuta, viendo la tele y acariciando una siesta dulcísima, después de un buen almuerzo casero. Entró –estaba hecho una pena-, le saludé sin cambiar de postura, me preguntó algo, yo le contesté sin ganas, resistiéndome a salir de las telarañas de mi comienzo de siesta. Me pareció pesadísimo. No se quedó. Y mi madre se encargó de aguarme la siesta. Me reprochó que no le hiciese caso a mi primo, se enfadó tanto que sentí remordimientos y me acusé de egoísta y de ser una mierda de personas, etc.

Cuando se calmó, le pregunté por él. Me dijo que estaba como siempre. Viejo a los cuarenta años. Sin trabajo. Casi sin hogar. Fumando y bebiendo todo lo que puede y lo que encuentra. Y le conté el episodio de la estación que me hizo llorar de aquella manera, hace casi treinta años.